

y los tres líderes negros "moderados". Tal acuerdo preveía la celebración de elecciones, basadas en principio en la regla de "un hombre, un voto", en el transcurso de las cuales se designaría un nuevo Parlamento rhodesiano de carácter birracial.

Los blancos de Rhodesia se imaginaban que el desarrollo de esas elecciones sería para el Gobierno de Salisbury un certificado de buena conducta suficiente para que se levantasen las sanciones votadas en 1968 por las Naciones Unidas.

Sin embargo, hace dos semanas el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas declaró "nulas" las elecciones rhodesianas. En una resolución adoptada por doce votos contra cero y tres abstenciones —las de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos—, la ONU pidió a todos

Es verdad que se superó, incluso ampliamente, el umbral del 50 por 100 de votantes, ya que la participación fue de casi el 65 por 100 de los "electores potenciales" (no había listas electorales). Es cierto también que el obispo Muzorewa, en el que no sólo los blancos de Rhodesia, sino también el Gobierno sudafricano habían depositado todas sus esperanzas, recogió el 76 por 100 de los sufragios expresados, lo que equivale a 51 de los 72 escaños reservados a los negros. Pero fue de las filas africanas moderadas de donde surgió la primera crítica violenta al desarrollo de las elecciones. Firmante con Muzorewa y Chirau del acuerdo interno, el pastor Sithole, cuyo partido obtuvo el 14,5 por 100 de los votos y doce escaños, fue el primero en denunciar las "escandalosas irregularidades" del escrutinio. Irregularidades confirmadas por un observador británico, lord Chitnis: "Si hay algo que no podemos afirmar es que las elecciones fueron libres y honestas. Fueron un fraude".

A ojos de Jimmy Carter constituyen, no obstante, "un primer paso en la buena dirección". El Presidente norteamericano indicó que esperaba la formación del nuevo Gobierno de Salisbury para emitir un "juicio definitivo" sobre el "dossier" rhodesiano. "Reconocer al Gobierno rhodesiano —afirmó el delegado norteamericano ante las Naciones Unidas, Andrew Young— sería aumentar considerablemente los riesgos de una intervención más activa de soviéticos y cubanos en el continente con la anuencia de los países africanos". Andrew Young no es el único en temer ese peligro de escalada de la guerra de guerrillas. El Jefe de Estado tanzano, Julius Nyerere, acaba de confirmar a uno de sus visitantes occidentales que no veía más salida a la crisis rhodesiana que un "baño de sangre". Pesimismo que los blancos de Rhodesia parecen compartir: según estadísticas oficiales, publicadas hace dos semanas en Salisbury, el éxodo de los blancos se incrementa. Sólo en el mes de marzo, 1.555 blancos abandonaron definitivamente Rhodesia. ¿Será Ian Smith el último en hacerlo?



El triunfo del obispo Muzorewa fue discutido incluso por algún firmante del acuerdo interno.

los Estados que la componen que se abstuviesen de reconocer los resultados de las elecciones rhodesianas y siguiesen aplicando las sanciones anteriormente aprobadas contra el régimen de Salisbury. Esta condena, así como las reservas de los tres grandes occidentales, parecen haber arrojado una jarra de agua fría sobre el entusiasmo que inicialmente despertaron los resultados de las elecciones.

Sudáfrica

Los niños del apartheid

Dulcie September es dirigente de la sección femenina del African National Congress, principal movimiento de oposición al régimen racista sudafricano, entre cuyos líderes más conocidos figuran Nelson Mandela, condenado en su país a cadena perpetua, y Olivier Tambo, que vive en el exilio. El ala armada del ANC es el Umkonto we Sizwe ("Lanza de la Nación").

D. S.: "No, en Sudáfrica no existen estadísticas referidas a la mortalidad infantil entre la población negra o mestiza. Pero se ha calculado que cada treinta y cinco minutos muere allí de hambre un niño negro. La dieta básica de los niños de color se compone casi exclusivamente de maíz, pero muchos padres no pueden siquiera comprar regularmente ese alimento.

El sistema separa y divide a las familias. Los hombres acuden a trabajar a las minas o a las granjas, mientras que sus mujeres, junto con los niños, los ancianos y los enfermos quedan confinados en los bantustanes, en las reservas. Todos estos seres viven hacinados en chabolas, que a veces no son más que unas cajas o unos pedazos de cartón colocados de forma que atrezcan al menos un techo. A esos lugares los llamamos "basureras", que es lo que son. Allí no hay agua ni servicios sanitarios las más de las veces. Por eso cualquier enfermedad contraída por un niño negro —una gastroenteritis, por ejemplo— se convierte fácilmente en mortal. Para la población negra hay escasísimos hospitales, y éstos siempre están abarrotados.

Muchos hombres, enviados a trabajar a zonas distantes se unen a otra mujer y fundan un segundo hogar. Entonces dejan de enviar dinero a su primera esposa, que no tiene más remedio que buscar trabajo en la ciudad, casi siempre como criada. Esas mujeres se ven obligadas entonces a cuidar de los hijos de sus amos blancos, mientras sus propios hijos quedan abandonados. Es, como se ve, un círculo vicioso.

Además, la mayoría de esas mujeres llegan ilegalmente a la ciudad. Es decir, que carecen del "pase", ese documento que todos los negros han de llevar encima desde que cumplen los dieciséis años y que contiene información sobre el grupo étnico o la tribu del portador, así como una serie de datos sobre la empresa donde trabaja, fecha en que comenzó a trabajar, etc. Si se descubre a alguien que no lo lleva, éste queda inmediatamente detenido. Aunque tampoco hay cifras exactas, se estima que en 1978 se produjo por ese motivo —carecer de "pase"— una detención cada dos minutos y medio. El patrón blanco se aprovecha de la indefensión de esas mujeres y las explota aún más. Otras veces las mujeres tienen que prostituirse. Las relaciones sexuales entre individuos de distinta raza están expresamente prohibidas por el Immorality Act, aunque cualquier sentencia que, por esa u otras causas, puedan dictar los Tribunales es infinitamente más dura para el infractor negro.

Otro factor de discriminación es la escuela. Para los blancos, ésta es obligatoria y gratuita; para los negros ninguna de las dos cosas. Además, mientras que los niños blancos pueden ingresar a los cinco años, los negros han de esperar hasta cumplir los siete u ocho. El contenido de la educación es también distinto. A los negros se les enseña primordialmente jardinería, labores de hogar —en el caso de las niñas— o cualquier oficio. Es decir, se les prepara para el papel que les ha sido asignado de antemano en el sistema productivo. La educación bantú tribaliza, por otra parte, a los africanos. Cada tribu habla su propio dialecto, pero en la escuela sólo se enseña a los niños los rudimentos del afrikaans o del inglés, que podría ser el idioma unificador. Se les enseña, esto es, lo suficiente para que puedan entender mañana las instrucciones que sus jefes blancos les darán en el trabajo.

No hay, pese a todo, entre los negros un índice de delincuencia especialmente alto. Los jóvenes canalizan su protesta contra el sistema, uniéndose cada vez en mayor número a las filas de nuestro movimiento. Después de la matanza de Soweto, de 1976, muchos jóvenes de catorce, de doce y hasta de diez años militan en el Umkonto we Sizwe, nuestro brazo armado". ■ Declaraciones recogidas por J. RABAGO.